



## Domíngo de Ramos 2021

### Pasión según san Marcos

Los ritos y la Palabra de Dios expresan el contraste de la celebración del Domingo de Ramos. Hemos comenzado con la aclamación jubilosa del Mesías humilde y pacífico, que entra en Jerusalén en la forma que había anunciado el profeta Zacarías: “*¡Salta de gozo, Sión; alégrate, Jerusalén! Mira que viene tu rey, justo y triunfador, pobre y montado en un boricco, en un pollino de asna... romperá el arco guerrero y proclamará la paz a los pueblos*” (Zac 9, 9-10). Y hemos concluido la liturgia de la Palabra con el relato de la Pasión.

La multitud aclama a Jesús: “*¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el reino que llega, el de nuestro padre de David! ¡Hosanna en las alturas!*” (Mc 11, 9-10). Es una aclamación mesiánica entusiasta; pero es insegura e inestable, porque su contenido es impreciso y equívoco; expresa una esperanza del reino de David que no corresponde al Reino de Dios que Jesús ha anunciado y va a llevar a su consumación en Jerusalén, precisamente con su pasión, muerte y resurrección (cfr. Mc 10,33-34). De momento es necesario que aclamen a Jesús como rey; y si ellos callaran, gritarían las piedras (cfr. Lc 19,40). Pero no conocen el verdadero sentido de su aclamación.

Tampoco los doce discípulos han comprendido todavía el significado de la entrada de triunfante de Jesús en Jerusalén, aunque el Maestro se lo había anunciado y explicado varias veces; la última vez inmediatamente antes, cuando “*estaban subiendo por el camino hacia Jerusalén y Jesús iba delante de ellos... y los que lo seguían tenían miedo*” (Mc 10,32). Tenían miedo razonable porque conocían la persecución declarada contra Jesús y no comprendían cómo Jesús iba a instaurar el reino de David si lo mataban.

En esta situación, Jesús entra en Jerusalén aclamado y seguido por una multitud, pero, en realidad, espiritualmente solo e incomprendido. Y así se comprende el desarrollo de los hechos en los días siguientes. El grito: ¡Bendito el reino que llega! Va a ser al final seguido de los reiterados gritos: “Crucifícalo”.

Todo el relato de la pasión es la historia de la soledad de Jesús en la hora de consumar la misión encomendada por el Padre. Sólo el conoce el significado de esa “hora” en la que va a aprender a obedecer sufriendo, y va a ponerse en la oración en las manos del Padre, entre gritos y lágrimas, y finalmente, va a ser escuchado en la resurrección (cfr. Heb 5, 7-9).



Incluso en el momento más íntimo de la Cena pascual con los doce discípulos se manifiesta el contraste entre el amor de Jesús, que entrega su cuerpo y derrama su sangre *“por vosotros”*, y su dolor por la infidelidad de sus discípulos: *“uno de vosotros me va entregar: uno que está comiendo conmigo”*. “Todos os escandalizaréis, como está escrito: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas”. Y también Pedro, el primero, la roca, con buenos sentimientos de ir a la muerte con Jesús, que no reconoce la escasa fortaleza de su amor y se atreve a decir: *“Aunque todos caigan, yo no”*, tiene que oír el dolorido anuncio: *“Hoy, esta misma noche, antes que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres”*.

En la oración en el huerto, cuando Jesús *“empezó a sentir espanto y angustia”* y les dice a sus discípulos: *“Mi alma está triste hasta la muerte. Quedaos aquí y velad”*, una y otra vez encuentra a los discípulos dormidos. ¿Con cuanta tristeza le diría a Pedro: *“Simón ¿duermes?, ¿no has podido velar una hora?”*

Jesús es dejado totalmente solo en la oración angustiada, postrado, ante el Padre: *“Abba, Padre: tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres”*. Y sólo en la aceptación confiada de la voluntad del Padre encuentra la fortaleza y la paz, interior y exterior, que va a mostrar en la pasión.

Ha llegado la hora, y Jesús es entregado en manos de los pecadores con el beso traidor de un discípulo. Y Jesús fue prendido. Uno de los discípulos hiere con la espada a un criado del sumo sacerdote; no queda claro si para defender a Jesús, ya prendido, o para evitar ser él también hecho preso. Y cuando Jesús dice *“que se cumplan las Escrituras”*, es decir, que se realice el misterioso plan salvador del Padre, *“todos lo abandonaron y huyeron”*.

En la narración de Marcos, es especialmente significativo el silencio de Jesús ante las acusaciones, los insultos y burlas y los malos. Ante el Sumo Sacerdote y las falsas acusaciones, *“él callaba sin dar respuesta”*. Sólo responde para afirmar su condición de Mesías: *“Yo soy. Y veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del Poder y que viene entre las nubes del cielo”*. Callar este testimonio, que fue la causa de su condena, hubiera sido renegar de su fe en Dios Padre y de su misión.

De forma semejante guarda silencio ante Pilato. Sólo respondió: *“Tú lo dices”*, a la pregunta: *“¿Eres tú el rey de los judíos?”*. Era la pregunta decisiva para su condena política, ante la cual no podía callar sin negar su identidad religiosa y su misión. Ante todas las denuncias, *“Jesús no contestó más”*.

Estos silencios y respuestas son un signo de la aceptación obediente y libre de la voluntad de Dios y de su plan de salvación. Como explicitó el evangelista Juan: *“Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida...Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente”* (Jn 10,17-18).



Según el relato de Marcos, Jesús fue crucificado a la hora tercia. A la hora sexta, la región quedó en tinieblas. *“Y a la hora nona, Jesús clamó con voz potente: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”*. *“Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró.”*

Seis horas de agonía en la cruz, en silencio ante todos los que pasaban y lo injuriaban y se burlaban. Una agonía en soledad y en la pura fe y confianza en Dios, que acogía también en silencio su oración. Este es el sentido del salmo que Jesús reza. Así tenía que manifestarse el amor de Dios al mundo. Y así Jesús tenía que ser el modelo a seguir por sus discípulos, a los que llama a cargar con su cruz.

Solamente una persona pagana, que estuvo físicamente cerca de Jesús en cumplimiento de su deber, quedó admirada de su forma de sufrir y morir, le acompañó con respeto en su soledad y creyó en él. Marcos lo expresa así: *“El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios”*.

Nosotros hoy acompañamos espiritualmente a Jesús y le aclamamos: *“Bendito el rey que viene en nombre del Señor”*. Pero, ¿seguimos a Jesús con sus mismos deseos? ¿Seguimos sus pasos cuando la fe y el amor son puestos a prueba?

Para ello, hemos de pedirle con las palabras de Isaías que nos abra el oído y nos enseñe a comprender lo que él hace y nos dice hoy; que nos dé una lengua de discípulo para dar al afligido una palabra de aliento de fe; que nos ayude a resistir y no echarnos atrás en las pruebas del seguimiento de la voluntad de Dios; que nos acompañe, aunque sea en silencio, en la hora y en el camino en el que cada uno hemos de llevar la cruz.

Acompañemos hoy a Jesús con el llanto de Pedro. Y, como el centurión, confesemos nuestra fe en él como Señor. Y renovemos nuestro propósito de asumir sus mismos sentimientos como ideal de vida. El Hijo, de condición divina, se ha despojado de sí mismo, ha tomado la condición de esclavo y se ha hecho semejante a los hombres (cf. Filp 2, 6-7). Él conoce al Padre y nos cuenta las cosas del Padre; escucha su voz y la obedece; es fiel a la misión recibida del Padre *“hasta la muerte y una muerte de Cruz. Por eso Dios lo exaltó”* como *“Señor”* (Filp 2, 8-11). Y también nosotros, cuando se revele su gloria, gozaremos de alegría desbordante (cf 1 Pe 4, 12-13).

La alabanza más querida por Jesús es la que sale de los labios y de los corazones de los niños, porque *“de los que son como ellos es el reino de los cielos”*. Por ello Jesús sigue manifestando hoy: *“no impidáis a los niños acercarse a mí”* (Mt 19, 14). Y expresa su alegría de imponerles las manos y bendecirlos. Y a nosotros nos alegra ver a Jesús llevar consigo a un niño sobre la borriquilla en su entrada en Jerusalén.

En el Domingo de Ramos todos, niños y mayores, somos llamados a subir con Jesús a Jerusalén para seguirle hasta la cruz y la gloria (cf. Jn 11, 16). Jesús camina delante de nosotros y nos lleva desde la cruz a la vida del hombre nuevo, que sigue sus pasos.